

ESTUDIOS DE VIAGES.



SEGUNDA SERIE—18.7

San Guillermo del Desierto.

AÑO IV. 25

VISITA A SAN GUILLERMO DEL DESIERTO.

¡San Guillermo del desierto! Capaz es este nombre solo de escitar interés.

Si sobre la fé de este nombre se pregunta á las gentes de la vecindad, se escita la curiosidad cada vez mas: ellas le contarán á uno sobre la aldea de San Guillermo y sus inmediaciones las tradiciones mas maravillosas: anunciarán pintorescas rocas, profundas grutas, impetuosos torrentes, rios casi subterráneos: elogiarán una iglesia de la mas venerable antigüedad.....

Sí, en fin, arrastrados por tan lisonjeras promesas se decidiese uno á visitar á San Guillermo, bien pronto conocería que los objetos dignos de atención son allí mas numerosos que lo que había podido esperar.

Desde la ciudad industrial de Lodobe fui yo á San Guillermo.

Síguese desde luego el camino real de Montpellier, atravesando los terrenos de su color, que ha hecho llamarles *los rojos*, el puente de la Margarita, tan temido en otro tiempo como una guarida de ladrones; la aldea de San Félix; el pueblecito de San Andrés, que domina una esbelta torre: despues volviendo á la izquierda, á poca distancia de haber llegado al Herolt, se dirige hácia una cadena de montañas cuyas cenicientas cimas se presentan en el horizonte.

La bella llanura en la que se encuentra uno entonces, presenta la vista mas magnífica: las olivas y las vides cubren el suelo. Por un lado se divisa el *Pico de Gibert*, y el *Monte de las Virgenes*, sitio de peregrinacion muy famoso como testigo del nacimiento de *San Pulerando*. Al otro lado mas allá del Herolt se distingue á Gignart y su elevada torre de la capilla de *Nuestra Señora de Gracia*; asentada sobre un cerro, y *Aniana*, cuya abadía fundada por San Benito se halla reemplazada por una casa de correccion.

Despues de haber dejado atrás un puente notable por lo atrevido de su construccion, la aldea de *Laganas*; la de *San Juan de Fos*, donde se fabrican en abundancia pucheros y platos ordinarios y que muestra con orgullo su lindo campanario cubierto de brillantes azulejos, se llega á las orillas del Herolt.

El cáuce de este rio (*Arauris* de los latinos, *Araur* de los mapas de la edad media) es de una anchura considerable. Llegado á un valle deprimido, al salir de una estrecha garganta, allí se dividen las aguas y se muestran sobre las arenas. Por aquella garganta abierta entre dos montañas calcáreas hay que penetrar para ir á San Guillermo. Al fin se encuentra el *punte del Diablo*, masa de construccion irregular cuyos cimientos reposan en los escarpados costados de la roca en la que el Herolt se ha abierto un paso al salir de su nacimiento. Une este puente el camino de *Aniana* con el que conduce á San Guillermo; á pesar de su elevacion, en las grandes crecidas le ha cubierto el agua muchas veces.

El camino de San Guillermo, establecido á la orilla derecha del rio, cortado en la montaña, suspendido por decirlo así, sobre la corriente, tiene un aire de desolacion que justifica el nombre de desierto dado á aquellas comar-

cas. Las paredes de roca entre las que se halla encerrado, tienen un color gris uniforme, que en vano tratan de alegrar algunas encinas enanas. Son extraordinarias sus formas, y parecen en efecto, haber sido colocadas allí en medio de un cataclismo de la naturaleza, por una mano gigantesca y furiosa. Escápanse de trecho en trecho manantiales que bajan al rio formando ruidosas cascadas. El Herolt pasea en el fondo del abismo sus olas, que tienen una trasparencia maravillosa.

En algunos puntos es tan estrecho su cáuce, que puede saltarse de una parte á otra. Hay algunos molinos en sus orillas.

A medida que uno se aproxima á San Guillermo, van siendo mas frecuentes las señales de la vegetacion y del trabajo del hombre. Hay un puente colgante que recuerda los de las gargantas salvajes de la América, y une en estos desiertos las opuestas orillas del Herolt. Lo forma una cuerda sujeta en ambas orillas, atravesada por una garrucha hueca, á la que se cuelga un baston puesto horizontalmente: se pasan las piernas sobre los dos lados del palo, de modo que se tiene delante de sí la cuerda que lo sujeta con la garrucha, y colocada esta bajo el sobaco del brazo izquierdo corre sobre la cuerda principal. Las mugeres y los niños, hasta con cargas hacen este tránsito.

Los pocos habitantes de aquellas montañas, cuyas posesiones se encuentran allí diseminadas, son pobres.

El Herolt es un rio de mucha pesca. Al cabo de un cuarto de hora de marcha por la garganta donde corre el rio, se encuentra el valle de *Gelone*, y aparece la aldea de San Guillermo, edificada sobre una vertiente de la montaña en el mismo valle. La gran plaza de San Guillermo tiene una bonita fuente, y sobre uno de sus lados se ven tres arcos y una puerta, seguidos de otros muchos que están en escalones, por decirlo así, sobre la pendiente de la montaña.

Despues de haberme detenido en la mejor posada del pais, volví á continuar mi camino para dirigirme á la abadía de San Guillermo. Aquellos lugares están llenos de recuerdos de San Guillem^o San Guillermo, duque de Aquitania, el fundador de la abadía y tal vez de la aldea que lleva su nombre.

Era al principio del siglo IX. Nieto de Carlos Martel por su madre, ilustre él mismo como guerrero, Guillermo había tenido el honor de arrojar á los sarracenos de la Septimania, y tenía bajo su poder aquella importante provincia. Seducido por el ejemplo de su hermano de armas Benito, que acababa de fundar la abadía de Aniana, instituyó en el agreste valle de Gelone (804) un monasterio donde pronto se retiró él mismo (29 de junio de 806), y donde dejó al morir (8 de mayo de 812) una floreciente colonia. La Septimania se hallaba entonces inculta á consecuencia de los sucesivos destrozos que había sufrido. Ocupada y vuelta á tomar por los francos de Carlos Martel, despues por los ejércitos de Carlo-Magno, había visto sus principales ciudades desmanteladas, arruinadas, y sus campos habían sufrido infinito con aquellas largas invasiones y guerras. Por último, tornaron los tiempos de calma y de prosperidad; y los establecimientos monásticos repararon la poblacion y el cultivo de los campos. San Guillermo fué uno de los héroes de esta saludable revolucion. Su reputacion permanece viva en los recuerdos populares; y como

sucede de ordinario, al atravesar las edades se ha mezclado con una porción de circunstancias fabulosas. Enséñase cerca de la aldea de San Guillermo una roca desde cuya altura saltó el santo con su caballo. Se le atribuye la terminación de un camino abierto en la roca, que une el desierto con la tierra habitada.

Un aldeano me aseguraba que no había urracas en aquel país, y que cuando se llevaba alguna no podía vivir más que ocho días. Esto consiste, me decía, en que San Guillermo las escomulgó, y al ver la extrañeza que yo ponía oyendo semejantes cosas, me dijo:

—Los viejos nos han enseñado estas cosas; y los viejos las transmitimos á los jóvenes.

San Guillermo representa el principal papel en las románticas tradiciones que se cuentan de su viejo castillo, cuyas ruinas coronan el mas elevado pico de las montañas dispuestas en semicírculo al rededor del pueblo. No se ven mas que paños de pared cortados de la manera mas extraordinaria, sobre una cumbre estremadamente estrecha, cuyos contornos siguen, y en la que se dice que hay abierta una cisterna. Encima de aquel recinto se levanta una torre cuadrada, de la que un lado está apoyado en la roca, casi perpendicular en aquel punto: llámase *Gabinete del gigante*. Mas bajo todavía, en el punto en que la cuesta menos rápida permite asentar al hombre el pie, comienza una pared que baja por el suelo, y viene á dar á la estremidad de una pequeña roca abierta á pico. En el medio de aquella roca se abre una puerta fortificada, guarnecida de torrecillas. Un camino trazado al pie del muro, rodea la montaña, y en el sitio donde concluye va á unirse con la aldea.

He aquí con motivo de estas construcciones, una historia que nos contaron los guardas de San Guillem.

El castillo se hallaba habitado en otro tiempo por un gigante muy malo, muy ladrón, y muy cruel, que causaba grandes destrozos en la vecindad. San Guillermo, abad entonces del monasterio de Gellone, le hacia sombra, y manifestó su intencion de deshacerse de él matándole. Una criada de Guillem lo oyó, y fué inmediatamente á advertir á su amo del peligro que le amenazaba. El vencedor de los sarracenos no habia olvidado bajo su hábito de monje, sus antiguas astucias y ardides de guerra: tomó los vestidos de la criada, se los puso, y así disfrazado subió al castillo, donde el gigante muy descuidado y sin saber nada le dejó penetrar. San Guillem entró en la plaza, y no tuvo mas sino aprovechar el momento favorable: se arrojó de improviso sobre el gigante, y lo precipitó desde lo alto de las murallas.

Una tradicion análoga se ha reproducido en los recuerdos del Mediodía por M. A. Lardier. El gigante, que el autor llama Gellone, ejercia en la comarca todo género de tiranías, apoderándose á su antojo de las mugeres y de las hijas de sus vasallos. Indignado un dia de un rapto cometido en la aldea de Guillem, se armó con una espada, subió al castillo, é intimó al gigante que le volviese su presa. Gellone contestó por de pronto al santo amenazándole con hacerle ahorcar: por último se decidió á un combate singular que Guillem le ofreció, y no conservó como su adversario sino su espada. Verificóse el combate sobre la esplanada del castillo, en presencia de los habitantes de la aldea. Gellone fué vencido y muerto.

Curiosos detalles han llegado hasta nosotros tambien, con motivo de la construcción del monasterio de Gellone por el duque de Aquitania. Fijado una vez Guillermo en el sitio que convenia á sus proyectos, llamó á su lado á los maestros y gentes experimentadas en arquitectura y adorno que poseia la provincia; y con su concurrencia, determinó el sitio y la forma de un oratorio digno de su destino y de su fundador. Despues señaló el espacio que debia ocupar el claustro; y marcó sitios para los edificios del rectorio, dormitorio, enfermería, retiro de novicios, patio de honor para los huéspedes, hospedería para los pobres, panadería con su horno, y al lado del río el molino, movido por las aguas del Verdue.

Arreglado este plan, emprendió Guillermo la construcción del oratorio, al que dió la forma de una basilica romana con una capilla al Oriente, y dos capillas á los lados para figurar los dos brazos de la cruz. Comenzóse por el santuario, que fué consagrado á Jesucristo, Salvador del mundo. Avanzaron las obras rápidamente: bien pronto se cubrió el edificio con el techo, y un pavimento de preciosos mármoles completó la decoración del edificio. Construyéronse siete altares allí: el primero dedicado al Salvador; los otros á la Virgen, á los apóstoles Pedro y Pablo, á San Juan Evangelista, y á San Andrés. Habia tambien en la iglesia de Aniano, consagrada como la de Gellone al Salvador, siete altares destinados á representar los siete dones del Espíritu Santo. El empleo de los números místicos era entonces muy frecuente. Ademas de los siete altares se contaban en Aniano siete candelabros, siete lamparas, y segun testimonio de San Adon, bibliógrafo de San Benito, tambien se habia empleado allí el número tres, para expresar las tres personas de la Trinidad.

Introdujo Guillermo en Gellone las reglas establecidas en Aniano por el abad Benito, y lo pobló de religiosos de su instituto.

Despues de la muerte de San Guillem, fué sepultado su cuerpo en la capilla de San Miguel, que ocupa un ángulo del claustro inferior contiguo á su antigua celda. Bien pronto fué mirado como un santo por la opinion popular; empero no parece haber sido reconocida su santidad por la Iglesia de una manera oficial, sino al cabo de dos siglos. A fines del siglo X, ó principios del XI, sus reliquias fueron trasportadas á la iglesia cerca del altar mayor. Allí se las halló en estos últimos tiempos con una plancha de plomo, y una inscripcion que atestiguaba la identidad del cadáver.

Hubo largos debates en la edad media, entre el abad de San Guillem del desierto y el de Aniano. Pretendian los religiosos de San Guillem, depender inmediatamente de la Santa Sede: los de Aniano sostenian por el contrario, que tenian la direccion superior del monasterio de Gellone. Fundábanse unos y otros, sobre diplomas que conservaban en sus archivos, diplomas que en el dia se han perdido, y que algunos historiadores llaman apócrifos.

Conocidas son las peripecias de la lucha que sostuvo en el siglo XIII, en el Mediodía de la Francia, la secta de los albigenses contra el catolicismo. La iglesia de San Guillermo fué una de las siete iglesias designadas por el concilio de Albi, celebrado en 1208, para servir de penitencia á los hereges convertidos. Hallábase entonces el monasterio en todo su esplendor; gozaba de inmensas y numerosas posesiones, que aumentaba sin cesar todos los dias la piedad

de los fieles, y tenía los derechos jurisdiccionales mas extensos. Este estado de prosperidad bajó considerablemente en el siglo XVI, y la abadía de San Guillermo tuvo que padecer mucho en las conmociones y guerras causadas por la reforma y por la liga. En 1570, los protestantes hicieron una hoguera en la plaza pública con los actos, títulos y papeles de sus archivos. En 1568, fué amenazado el monasterio de un ataque, y los religiosos tuvieron que acudir pidiendo tropas para defenderse, al duque de Joyeuse. Al año siguiente, un destacamento del ejército protestante se apoderó del convento, y echó de allí á los monges. Claudio Brissonet, obispo de Lodera, y abad comendatario de San

Guillermo, vino á la cabeza de ochocientos hombres, é hizo huir y derrotó á los invasores; empero en 1588, volvió á caer de nuevo la abadía en manos de los soldados de la reforma. Dos siglos despues, en la revolucion francesa de noventa y tres, fueron dispersados los monges de San Guillermo, y desapareció una parte de los antiguos edificios de aquel célebre convento. Sin embargo, las construcciones que aun han quedado en pie, son dignas de la atención de los artistas y de los anticuarios.

Presentamos hoy á nuestros lectores la vista del exterior de la iglesia de *San Guillermo del Desierto*, y no podrán menos de conocer cuán pintoresca y agradable es.

SALVADOR BOLLO.

ESTUDIOS ANECDÓTICOS.

CARDAN EL GALEOTE.

I.

Delante de la rada de Tolon, y sobre la pendiente occidental de aquella cresta de montañas, que une el pico de Coudon á las gargantas de Ollioules, se encuentran en cada rellano las mas lindas casas de campo de la Provenza. Todas tienen el mismo punto de vista: la mar, la rada, los buques, es decir, el mas risueño y mas variado cuadro. Allí se reúnen en el buen tiempo por la noche, sobre los terrados de esas pequeñas casas las familias, para indemnizarse del terrible calor del día con la brisa que sube de la mar por la noche.

Las primeras estrellas de la velada de San Juan de 1839, acababan de alzarse sobre la cresta pelada y gris de Coudon, cuando en el silencio del campo resonó un cañonazo que fué á perderse de eco en eco, en las profundidades del valle de Ollioules. Un movimiento eléctrico de terror corrió con los ecos, y turbó las veladas de la mas corta y la mas hermosa de las noches del estío.

En todas partes sobre los terrados donde hablaban las jóvenes y los jóvenes, se oía este grito: «Es un galeote que se ha escapado.»

Parece entonces que cada familia aislada va á ver caer en medio de ella algun tigre con rostro humano escapado de la casa de fieras del arsenal de Tolon.

Si algun observador hubiese podido seguir al vuelo aquel largo reguero de terror que corría de rostro en rostro al través de la velada de San Juan, hubiera notado con sorpresa la serenidad de una sola familia sentada bajo un emparrado entre la rada y la montaña de *Seis hornos*. Aquella seguridad de algunas personas en medio del universal terror, era sin embargo, fácil de explicar.

Hacia algunos días que madama de Mellan y su hija Ana, habían llegado de Nueva-York á Tolon para terminar un importante negocio de familia, y había alquilado una linda casa de campo á poca distancia del mar y del camino real. Un antiguo criado y dos doncellas criollas, estaban sentadas sobre el terrado con las dos señoras, cuando resonó el cañonazo. No pudiendo explicar á nadie aquellos forasteros la señal de alarma, la miraron como un acci-

dente muy natural en una plaza de armas, y ni aun interrumpieron su conversacion.

La ciega casualidad, ó por mejor decir, el inteligente conductor de la fatalidad, impulsó al galeote escapado en la direccion de la casa de campo habitada por madama de Mellan. Era un hombre que ha dejado un nombre ilustre en el *Pandemonium* del crimen: era el famoso Cardan, sentenciado y condeñado por bigamo y por falsificador. Dos meses habia gastado en aserrar la argolla de hierro que le unia á su camarada; y un día en que este dormía al sol en las canteras de Mouillon, rompió Cardan el último hilo de la argolla, y se largó. El camarada, despues de un cortísimo sueño con que burló la vigilancia del guarda, se vió solo, y se metió en una caverna en donde habia maderos y tablas para evadirse á su vez en el momento oportuno; pero lo descubrieron al día siguiente. Solo ya entrada la noche notaron la fuga de Cardan. Aquel célebre galeote tenia entonces treinta y tres años: cuatro habia pasado en el presidio. Su alta estatura, sus buenas facciones, sus maneras distinguidas anunciaban un criminal de buen tono, antes que la blusa encarnada que nivela todas las categorías hubiese ocultado al hombre elegante bajo el traje del galeote. Aquella noche Cardan no llevaba mas que el pantalon de cutí, habia tirado su blusa. Agil y vigoroso, parecian sus saltos mas al vuelo de un pájaro ó á los brinco de la pantera, que á la marcha precipitada de un hombre: llegado debajo de los grandes árboles de la casa de madama Mellan, calculó el terreno con aquel sutil instinto que la naturaleza da á las fieras, y trepando como un mono por lo largo de un poste que habia cerca de la fachada de la espalda, entró en las habitaciones del primer piso, y en cinco minutos lo habia visitado, lo habia visto todo en la oscuridad, como si le hubiesen servido de luces sus rojos cabellos ó el resplandor de sus ojos. Si esta clase de hombres aplicase al bien las poderosas facultades que ha recibido de la naturaleza, y que aplica al mal, pronto el género humano se vería regenerado.

Cardan encontró algunos cartuchos de escudos en una cómoda, y los envolvió en las primeras hojas de papel que tuvo á mano. Se contentó con aquella pequeña suma, suficiente para las necesidades urgentes, y de un salto bajó desde la ventana á la tierra labrada del jardin;

A los primeros resplandores del alba, habia llegado á

pico volcánico de Ebenos, que mezcla su estinguida lava con las nubes. Allí compró el traje desechado de un pastor, y algunos carneros, y por veredas de cabra bajó con el palo en la mano hasta el llano de Bousset. Sabiendo que un camino real dirige siempre á una gran ciudad, Cardan siguió aquella blanca y larga cinta que serpentea desde la capilla de Santa Ana hasta el llano de Cuges, saludando por el camino á los gendarmes que conducian los presos, á los marinos con licencia, á los organillos de Berbería, á los saltimbanquis, y á cuantos peones pueblan el camino de Tolon á Marsella.

Entró protegido por la noche en Marsella, despues de haber abandonado sus carneros, y alquiló un miserable cuarto en la calle del Baño, en donde se alojaba gente de á pie y de á caballo, pero sobre todo de á pie. Al desenvolver sus escudos á la luz de una vela de sebo, descubrió que se hallaban envueltos en dos cartas, y se puso á leerlos por no tener nada que hacer. Aquella lectura comenzada con descuido, pronto contrajo los músculos del rostro de Cardan, y les dió una espresion singular. Levantóse con la frente inclinada, los ojos fijos, apretados los puños, como un bandido habituado á todos los crímenes, y que por una repentina inspiracion descubre el medio de cometer uno nuevo. Los criminales tienen tambien sus ocurrencias repentinas; y de su cerebro siempre en actividad salió un plan completo armado con todas sus iniquidades, y sus victoriosas armas.

Aquellas dos cartas eran muy largas. La una estaba firmada en la Isla de Leon; la otra en el Cabo de Buena Esperanza. Ocuparian aqui mucho. Bástanos, pues, analizarlas en pocas palabras, y reducirlas á su mas mínima espresion.

Viuda madama de Mellan hacia diez y ocho meses, habia salido de Nueva-York, donde habia perdido á su marido, y entraba en Europa despues de veinte años de ausencia. El deseo de volver á ver su país no era la causa de su viage. Mr. de Mellan, nacido en Bretaña, era deudor de su gran fortuna á su noble amigo, Mr. de Kerbrian, caballero arduado por la revolucion, y no indemnizado. Mr. de Kerbrian tenia un hijo único llamado Alberto. No teniendo nada que esperar aquel jóven de la herencia de una familia pobre, se habia dedicado con tiempo á la profesion de marino; pero no tenia desgraciadamente la robustez que exige el servicio del mar. Mellan al morir habia hecho una última disposicion, que determinaba el matrimonio de su hija con el hijo de su bienhechor con tan generosas condiciones, que pagaba noblemente la deuda de su agradecimiento. La viuda, madama de Mellan, se sometió ciega-mente á la última voluntad de su marido. Entabló una correspondencia con Alberto de Kerbrian, y no encontró en aquel jóven sino una prisa muy natural por cumplir la cláusula testamentaria del padre de Ana. Convínose, pues, en que las dos familias se reunirían en Tolon hacia el mes de julio, época en la cual Alberto de Kerbrian llegaría de Pondicheri en un buque del Estado, y que se celebraría inmediatamente el matrimonio del jóven oficial de marina y de Ana. Madama de Mellan y su hija habian llegado las primeras á esta cita dada desde el otro lado del Océano.

Un billetito unido á una de aquellas cartas, anunciaba la muerte de Mr. de Kerbrian. Aquel billete no era de la mano de su hijo Alberto, y llevaba el sello de Nantes.

Concibió entonces Cardan, despues de una larga medi-

tacion, una de esas ideas extravagantes que solo el genio del mal puede hacer triunfar con infernales combinaciones.

Por de pronto no dejó su vestido de indigente por miedo de que le comprometiese á los ojos del posadero tan pronta metamorfosis: fué trasformándose prenda por prenda, y arreglando en detall su nuevo vestido: despues se fué á otra posada mas distinguida, teniendo mucho cuidado de disfrazar no solamente el color de sus cabellos, sino el de su rostro, y aun hasta su talla, su modo de andar y su voz. Seguro de burlar á los sabuesos de la policia, se puso á buscar un amigo digno de él en uno de esos albergues donde el aguardiente y el tabaco hacen asistir á todos los vagos y mal entretenidos en las grandes ciudades.

Lavaller y Gall son dos niños de teta al lado de un presidiario escapado de Tolon. Estos no tienen igual para reconocer á un semejante suyo: asi es que Cardan pronto encontró en una taberna el hombre que le convenia; hombre de dedos casi invisibles, famoso prestidigitador: capaz de escamotear al mismo Preste Juan de las Indias el bolsillo.

Este cómplice de Cardan se llamaba Valentin Progere: conservaba solo su nombre y pasaba por el ayuda de cámara de Cardan, que se habia convertido él mismo en Alberto Kerbrian. La mision que Valentin recibió era muy delicada, á pesar de las luminosas instrucciones que le habia dado su amo.

Tratabase de ir como precursor á la casa de campo de madama de Mellan, y de sondear con destreza el terreno antes de comenzar el drama sin peligro para el autor.

Valentin vestido como un criado de una casa decente, salió para Tolon; llegó á la casa de campo y se presentó á madama de Mellan un poco antes de ponerse el sol. Representó admirablemente su papel: anunció á las dos señoras que Alberto Kerbrian habia llegado á Nantes en un buque mercante que venia del cabo de Buena Esperanza, que las fatigas del mar le habian hecho dar su dimision, antes de lo que él hubiera querido, y que volvia de las Indias simple paisano, independiente del servicio militar, y resuelto á fijar su residencia á eleccion de las señoras de Mellan.

Durante la conversacion, Valentin se mantenía de pie sobre el terrado, dispuesto á plantarse de tres saltos en el campo si veía el menor asomo de desconfianza en las señoras. Pero estas le dieron completo crédito, y se manifestaron muy gozosas y conmovidas á la idea de tan precipitado matrimonio.

Al dia siguiente á las tres de la tarde se oyó el ruido de una silla de postas, y el chasquido del postillon anunció su llegada.

—Es Mr. de Kerbrian, mi amo, dijo Valentin; reconozco su silla de posta.

Un jóven vestido de negro, del porte mas distinguido y elegante, saltó con prontitud desde la silla de posta; y como sofocado por sollozos de alegría besó la mano de madama de Mellan. Tan maravillosamente disfrazado se hallaba Cardan, que Valentin se alarmó al instante porque no le conoció.

El presidiario se inclinó delante de la señorita Ana, y le hizo su cumplido.

Madama de Mellan estrechó las manos de Cardan, y mostró toda la felicidad que sentía con la presencia de su futuro yerno. Contó los detalles de su viage, que habia

hecho cinco mil leguas y visitado las cinco partes del mundo, y que venia á buscar la felicidad en una familia aislada de parientes y de amigos. Por una transición hábilmente conducida, Cardan indujo á su futura suegra á tomar una determinación muy importante para él. Contó que habia tenido algunos disgustos en Nantes con algunos jóvenes oficiales, sus antiguos compañeros, que le echaban en cara lo que llamaban su deserción en términos bastante vivos para provocar un desafío, que aun cuando él no lo rehusaba, queria, sin embargo, mejor evitarlo por el pronto, á causa de las consecuencias deplorables que podia tener, y que si su suegra consentia, podian hacer un viajecito por un poco de tiempo á lo interior de Italia ó de España, á su eleccion; y que á su vuelta á Francia su conducta quedaria justificada por la llegada de sus compañeros de Indias, y sus injustos amigos nada tendrian que decir: todo esto dicho del modo mas sencillo y natural, que hubiera engañado al mas hábil.

La buena y sencilla señora de Mellan se alarmó por su hija; sobre todo á la idea de un desafío, y propuso la primera el abandonar el territorio de una ciudad donde se yerno habia tenido demasiadas relaciones para no encontrar un enemigo y un injusto desafío. La misma casa de campo en que vivian no le pareció bastantemente garantida contra su alarma maternal, porque las casas inmediatas estaban pobladas de familias de marinos que venian á visitarla casi todas las noches.

Cardan no mostró prisa alguna de marcharse inmediatamente del campo de Tolon; pero aquella calma tan bien representada no sirvió sino para redoblar los temores de Mad. de Mellan, que se creyó obligada á violentar á su futuro yerno para decidirle á emprender un viaje y despues, llamando aparte al galeote, le dijo enseñándole á Ana:

—Esta pobrecilla es muy tímida; no se atreve á mirarle á vd. cara á cara. Es preciso viajar algun tiempo juntos para darla un poco de ánimo: nada hace madurar las relaciones como un viaje, en que queda uno amigo antiguo al cabo de un mes. Nosotros somos independientes de todo el mundo, vd. y yo; vd. puede casarse con mi hija en España, en Italia, en Francia, en cualquier parte: así comencemos por tranquilizarla y marchemos.

Cardan se inclinó como un hombre resignado; y dijo: yo no quiero rehusar á mi suegra el primer favor que me pide. Marchemos.

Quedó acordado que Valentin se quedaria en la casa cuidando los equipages, con una pequeña cantidad para los gastos de manutención é imprevistos; y á la mañana siguiente Mad. de Mellan, su hija y el galeote salian de noche para Marsella. Allí se procuró Cardan un pasaporte para España, y algunos dias despues llegaron á Barcelona.

Los anales del crimen presentan pocos ejemplos de una historia en que haya mas inverosimilitudes; pero por lo mismo que estos sucesos son tan extraordinarios es por lo que se refieren.

II.

Dos semanas despues de la marcha de Mad. de Mellan, desembarcaba el joven Alberto de Kerbrian sobre el muelle de Tolon, delante de la casa de la ciudad, y sin

tomarse ni aun el tiempo de quitarse el traje que llevaba de las Indias corria en busca de la misma familia.

En el correo le dieron las señas de la casa de campo; y nuestro marino saltó sobre el primer caballo de alquiler que encontró, poniéndose allí en tres brinco. Llegar de las Indias con la risueña perspectiva de un matrimonio millonario improvisado, tocar la tierra, ver la casa que habita la desconocida y adorada jóven, todo esto no sucede mas que una vez en el mundo, y tambien creo que no hay una cosa mas grata.

El jóven Alberto se estremeció á la vista de aquel cenador italiano que dejaba divisar entre sus pámpanos nubes de cabellos y de blanca muselina.

Allí estaba su familia futura, su felicidad, su fortuna, su porvenir.

Lanzóse desde el caballo á la estremidad de la ayenida; y llegado á la terraza con una agitación extraordinaria pronunció el nombre de Mad. de Mellan. Un grupo de señoras y de jóvenes se levantó silencioso al grito de introducción del marino, y las miradas preguntaron con asombro al recién llegado que nadie conocia.

Aturdido un instante por este extraño recibimiento Alberto de Kerbrian creyó que se habia equivocado de casa, y se escusó en estos términos:

—Perdonen vds., señoras, si me he equivocado: no es mucho; hay tantas casas de campo en esta llanura sin calles ni números, que habré tomado una por otra. Sin embargo, me habian dado muy buenas señas.

Una señora de edad proveya tomó la palabra, y dijo al marino:

—Tal vez no se ha equivocado vd., caballero: nosotros solo habitamos esta casa desde la última semana. En efecto, aqui vivia la señora de Mellan: nos lo han dicho los caseros como se lo dirán á vd.

—¿Con que ha vuelto á la ciudad la señora de Mellan? preguntó el jóven agitado por un siniestro presentimiento.

—No señor, se ha marchado en una silla de posta con su hija y su yerno.

—¿Su yerno? exclamó el marino con voz natural.

—Su yerno, ó al menos el caballero que debe casarse con su hija Ana.

Alberto de Kerbrian tuvo que apelar á toda su fuerza moral; y avergonzado de dejar ver entre extraños su emoción, arregló su rostro, su porte y el eco de su voz, y dijo:

—Dispénseme vd., señora si entro aqui en algunos detalles que puedan serle incómodos; pero todavia tengo que hacerla una pregunta. Por casualidad, ¿ha oído usted pronunciar el nombre de ese yerno, de ese jóven que debe casarse con la señorita de Mellan?

—Es un nombre muy conocido en esta casa: las doncellas lo repiten á los caseros, y los caseros á la gente de alrededor. La señorita de Mellan se casa con Alberto de Kerbrian.

—Ya lo sabia.... dijo el verdadero Alberto.

—Con que ya vd. ve, caballero, que estamos muy bien enteradas. A estas horas debe haberse verificado ya el matrimonio.

—¿Con el señor de Kerbrian? exclamó el jóven con una voz terrible que hizo estremecer á los testigos de aquella escena.

Todas las cabezas hicieron una señal afirmativa.

—¡Con el señor de Kerbrian! repitió el desgraciado Alberto con el mismo tono de desesperación, ¡ya ven ustedes que es imposible! Yo soy Alberto de Kerbrian, y que vengo á casarme con Ana de Mellan. ¡Aquí hay un misterio infernal! ¡Algun bandido ha interceptado mis cartas, y ha tomado mi nombre! ¡Horrenda revelación!

Y se sentó pesadamente en el banco del cenador enjugando el frío sudor de su frente.

Una sobreexcitación de cólera le hizo tranquilizarse pronto.

Comprendió que toda su razón, su flema de marino, su sangre fría de hombre, las necesitaba para descubrir y castigar un acto infame, sin ejemplo en la sociedad. Se despidió de las señoras de aquella casa de campo, disculpándose de haber turbado su soledad. Corrió á recoger en las inmediaciones noticias de los dueños de las quintas, y cuando conoció por algunas relaciones ciertas la hora, el día, y el camino por donde habían marchado, no perdió un instante, y se puso en persecución del raptor.

En Marsella corrió todas las fondas de lujo; y á los primeros informes que tomó en la fonda de los Emperadores, supo que las tres personas que tanto interés tenía en alcanzar, habían pasado allí dos días solamente, y se habían embarcado para Barcelona. Averiguó también el banquero donde el falso Alberto de Kerbrian había conseguido una letra de crédito de quince mil francos, por poder que le había dado su futura suegra. Reconoció en casa del banquero su propia firma, falsificada con un talento de imitación, que revelaba una mano de galeote falsario.

Esto fué un rayo de luz para el jóven. Tomó caballos de posta, y en menos de cinco horas se hallaba en Tolón en casa del comisario del presidio, que le anunciaba la evasión de Cardan, bigamo y falsificador, y le dió sus señas y filiación.

Alberto aquella misma noche salía para Barcelona con instrucciones preciosas, y una carta para el cónsul de Francia.

Era preciso seguir al vuelo aquella horrible intriga. La pérdida de un minuto podía causar una desgracia irreparable.

Apenas desembarcado en Barcelona, Alberto de Kerbrian corrió á casa del cónsul. Era de noche, y acababan de dar las nueve.

Hallábase el cónsul en el teatro. Alberto, de un salto se puso desde el consulado en el teatro. Indicáronle el palco del representante de la Francia. Entró en él; y escusándose de lo inoportuno de la visita, presentó su carta de recomendación, que todo lo explicaba. El cónsul rogó al jóven Kerbrian que le acompañase al fondo del palco para hablar sin testigos. He aquí la horrible confidencia que Alberto recogió de aquella conversacion.

Un extranjero de una edad indeterminada, dijo el cónsul, se ha presentado en mi casa hace cerca de tres semanas, anunciándose bajo el nombre de Alberto de Kerbrian. Venia, dijo, á visitar la España con su futura suegra y esposa; y al terminarse próximamente el luto que llevan debían casarse. Las maneras de aquel hombre me han parecido extrañas: eran una mezcla del buen tono estudiado, de lenguaje noble, y de hábitos y espresiones vulgares. Había en sus posturas una calma aparente contrariada por

ímpetus nerviosos. Me hacía una visita, decía, para saludarme primero; y despues consultarme las formalidades que hay que observar para los matrimonios en país extranjero. Le he dado todas las esplicaciones que ha deseado. Despues lo he vuelto á ver otras dos veces. Si vd. quiere verlo está en el palco con esas señoras, casi enfrente de nosotros en el anfiteatro. Las señas que vd. me ha dado de ese extranjero son bastante semejantes, sin mas diferencia que los cabellos son negros y espesos, en lugar de ser rubios y claros; pero esto puede ser una superchería de peluquero, que nos será muy fácil descubrir.

Alberto de Kerbrian rogó al cónsul, que le concediese un asiento en su palco; y un instante despues ocupaba su puesto de observacion. Desde la primera ojeada juzgó de la moralidad de aquel hombre, que no sabiendo que tenía fija sobre él una escrutadora mirada, guardaba una inmovilidad sombría, y parecía no pertenecer sino corporalmente á aquel mundo entusiasta que aplaudía un dúo italiano. Cardan vestido de negro, con su rostro cubierto de aquella palidez cobriza tan comun á los galeotes, con su ojo fijo, su frente aplastada, sus narices convulsivas, parecía un ser sobrenatural desprendido de toda preocupacion frívola, y meditando algun proyecto aconsejado por el infierno.

A su lado, como contraste, se extasiaba con feliz alegría Ana de Mellan, que parecía una paloma ignorante de peligro, colocada sobre la misma rama al lado del milano. Alberto de Kerbrian se levantó al primer entreacto; y saludando al cónsul con un gesto familiar que significaba hasta la vista y muy luego, se dirigió hácia el palco del falsario raptor. El cónsul saludó á Alberto desde lejos.

Dió el jóven tres golpecitos, y se abrió la puerta. Con una voz tranquila y clara nombró á Alberto de Kerbrian.

—Yo soy, caballero, respondió Cardan.

—Tengo dos palabras que decir á vd. en particular, dijo Alberto.

Cardan se levantó sin dejar ver alg una emocion, y salió al corredor.

—¿Es al señor Alberto de Kerbrian á quien hablo? dijo Alberto.

—Seguramente, caballero, respondió el galeote con una voz ronca por su repentina turbacion.

—¿Está vd. bien seguro de eso?

—Vaya una pregunta extraña, dijo Cardan con una seria sonrisa.

Alberto cogió vivamente los cabellos prestados de Cardan, y la cabeza afeitada del galeote quedó enteramente desnuda.

—¡Es vd. un bandido del presidio de Tolón!

Cardan dió un sordo rugido, y sacando un puñal iba á desembarazarse de aquel fulminante desconocido antes que aquella escena tuviese otros actores, cuando Alberto que había previsto el golpe, cogiendo con destreza al galeote por el brazo y la corbata, lo incrustó sobre la pared inmediata, llamando socorro.

A los gritos del marino acudieron de los palcos inmediatos. Cardan, que no había soltado su puñal, fué arrestado por los agentes de policía; y Alberto agarrándose con un vigor sobrehumano al cuello de su frac y su camisa, destruyó el lienzo y aun el mismo paño con las uñas, y

dejó ver el hombro desnudo del galeote marcado con dos letras, sobre una piel morena y tostada por el sol de Tolon. Hízolo entrar en un gabinete, y allí fué reconocido por un facultativo, y se vió la marca evidente de galeote. Levantóse un murmullo de horror en todas partes; empero Alberto no perdió el tiempo en contar su historia: tenía un deber mas urgente que cumplir.

Madama de Mellan y su hija, prestaban el oído alarmado á los rumores y espresiones que oían en los pasillos, sin

atreverse á salir entre aquella multitud curiosa que los llenaba. De pronto el cónsul de Francia, seguido de un extranjero vestido con el uniforme de la marina real francesa, entró en el palco de aquellas señoras, y les dijo:

—Ruego á vds. que acepten mi brazo, señoras, y me sigan á mi casa, es decir, á la de vds., porque mi casa es la de todos los franceses.

Madama de Mellan y su hija, demasiado conmovidas para profundizar tantos misteriosos incidentes, no titu-



Se vió la marca evidente del galeote.

bearon en seguir á su cónsul. La viuda tomó el brazo de Alberto, y Ana el brazo del cónsul.

Al resplandor de los candelabros que arrojan una grata luz en el peristilo del teatro, se distingue fácilmente como en la mitad del día, á un hombre pálido y calvo, con los hombros desnudos, arrastrado por la policía, y seguido por la multitud.

—¡Dios mío! exclamó madama de Mellan, es Alberto.

—No, señora, la dijo el cónsul, ese hombre no es Alberto

de Kerbrian, es un bandido que ha armado contra vd. y la señorita una abominable trama: es un galeote escapado del arsenal de Tolon: está marcado sobre la espalda con las letras T. F., como puede vd. verlo si la muchedumbre nos deja acercarnos á él.

Un vivo estremecimiento trastornó todas las facultades de madama de Mellan, y le faltaron las fuerzas para responder.

Solo en la casa del cónsul pudo esplicarse y conocer las